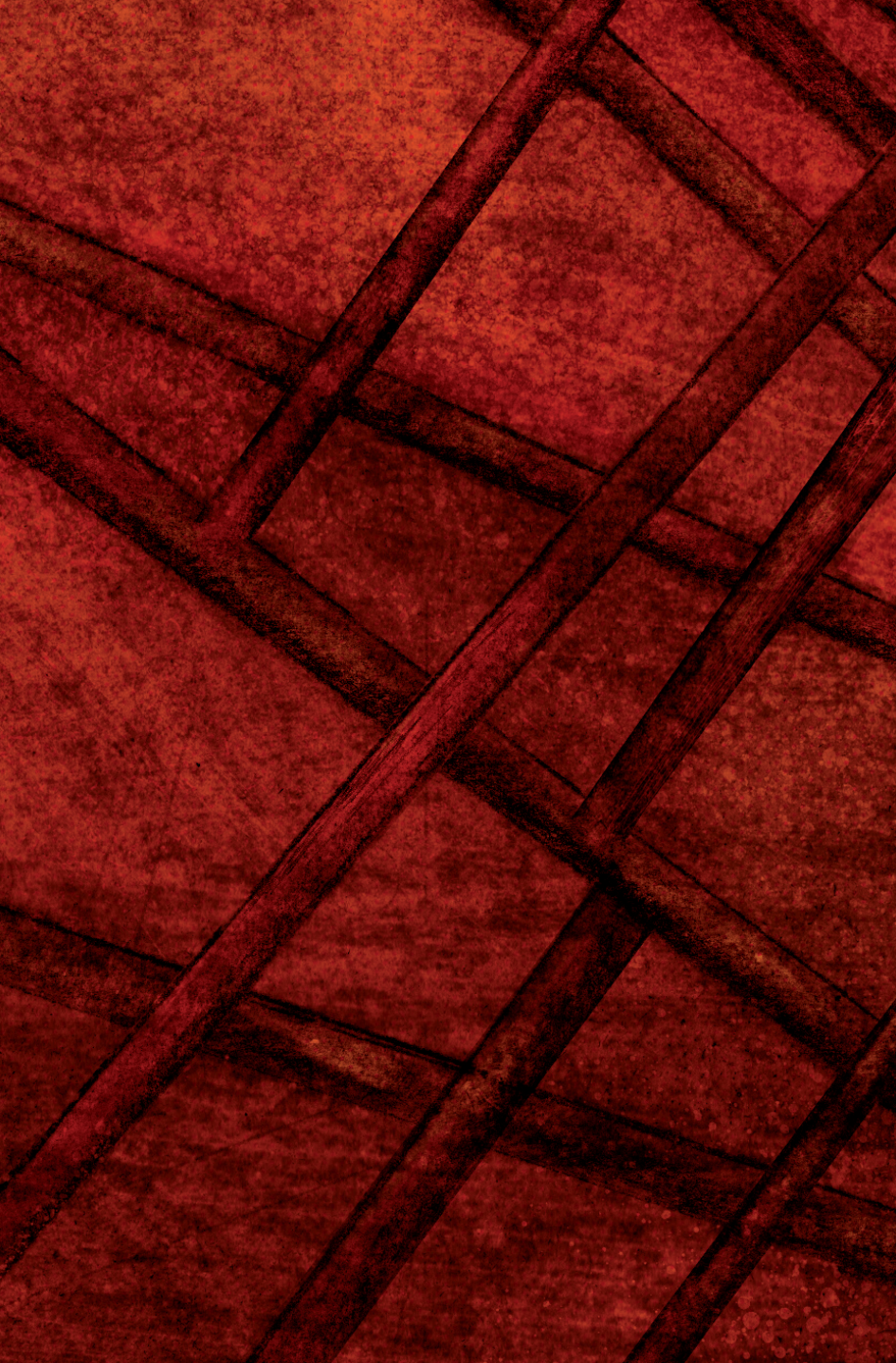


El codo de la torcaz

Primera edición, enero de 2020

© Damián Cordones, 2020

© Ilustración de portada: Rubén Gil

© De la presente edición: Ediciones El Transbordador

(una marca de El Inventor de Mundos, S. C. - CIF: J93324580)

Corrección, maquetación y diseño: Ediciones El Transbordador

El logotipo de Ediciones El Transbordador es un diseño de Tomás Hijo

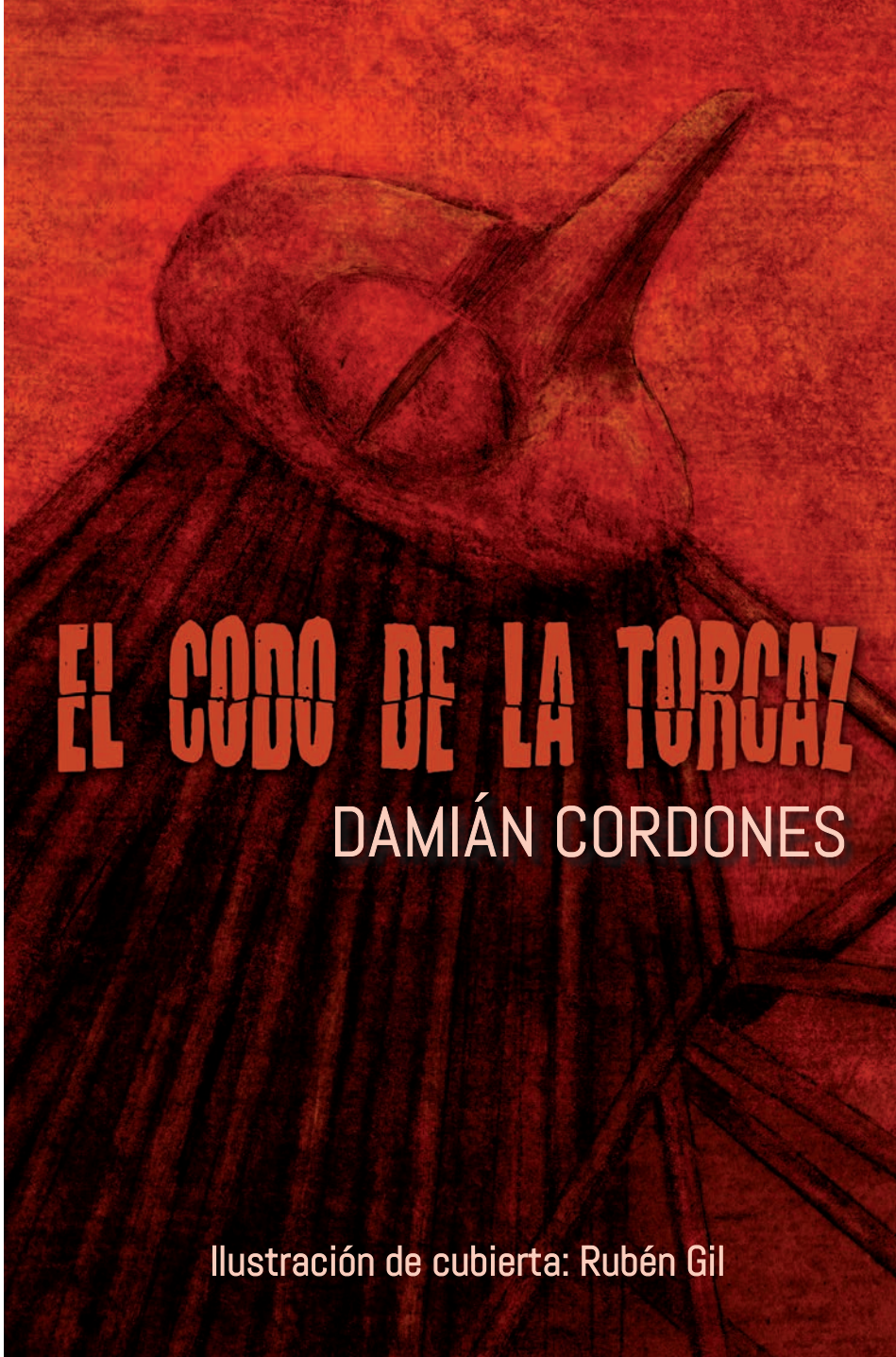
Depósito legal: MA 1-2020

ISBN: 978-84-120822-8-9

Queda rigurosamente prohibida la reproducción total y/o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento sin autorización previa y por escrito de los titulares del Copyright.

Impreso en España - *Printed in Spain*

www.edicioneseltransbordador.com



El codo de la torcaz

DAMIÁN CORDONES

EL TRANSBORDADOR

A mi hijo Samuel. No entregues a
las bestias el alma de tu tórtola.

Salmo 74:19

Las herramientas del amo nunca
desmontarán la casa del amo.

La hermana, la extranjera
Audre Lorde

«Se podría decir: “Te quejas de tus semejantes, de su silencio acerca de las cosas decisivas; sostienes que saben más de lo que admiten saber; más de lo que hacen valer en la vida; y esta reserva, cuyo motivo y secreto naturalmente callan también, te envenena la existencia, te la hace imposible, te impulsa a cambiarla o a abandonarla; pero si como es cierto eres también un perro, con saber de perro, entonces manifiéstalo no solamente en forma de pregunta, sino como respuesta. Porque, si lo expresaras, ¿quién se te resistiría? El gran coro de la perrada se levantaría como si hubiese esperado tu señal. Entonces tendrías tanta verdad y claridad y tantas confesiones como pudieras desear. El techo de esta ruin vida, que tanto criticas, se abriría, y todos, perro junto a perro, ascenderíamos hacia una libertad superior. Y aunque no sucediera esto último, si

fuera peor que hasta ahora, si la verdad total fuese menos soportable que la parcial, si llegara a confirmarse que los silenciosos están en su derecho como protectores de vida, y si la ligera esperanza que ahora todavía poseemos se trocara en desesperanza total, el ensayo merece igualmente la pena puesto que no quieres vivir como te dejan vivir. Entonces ¿por qué reprochas a los otros su mutismo cuando tú también callas?". Fácil respuesta: porque soy un perro».

Investigaciones de un perro
Franz Kafka

— 0 —

Esto es lo que ocurre en términos generales: la agencia inmobiliaria *M0rne*, a través de sus agentes y en connivencia con la Administración, pretende expulsarnos del zoco. El salvaje acoso amenaza con la demolición en favor de sus despreciables intereses comerciales.

Además, nos enfrentamos al abandono, al deterioro de nuestra vivienda, así como en general al estado ruinoso del casco antiguo. La casa rezuma humedad y el sarro bacteriano recorre el sistema de cañerías y nos circunda con su abrazo gélido. Hay que enfrentarse al complejo sistema de blatodeas para hacer de esto un lugar habitable.

Y luego, evidentemente, están los infinitos pormenores de la existencia.

— | —

Según las especulaciones de Sawa, contamos aproximadamente con unos catorce metros^3 de tubería. Las blatodeas trabajan sin descanso. Sawa dice que el sistema de tuberías equivale al mecanismo de nuestra mente y que ellas recorren las tuberías, las blatodeas, aniquilando el sarro bacteriano de la misma manera en que una de ellas recorrería una idea desde un extremo hasta el otro. Sawa habla de conceptos, «por ejemplo», dice Sawa, «si una idea es sustentada por dos conceptos, es decir, pongamos por caso la idea *libertad*, que como idea se encontraría entre la *desobediencia* y la *docilidad*, las blatodeas recorrerían ese conducto, que iría limando el sarro que satura la idea». Una vez esto ocurra en los catorce metros^3 de tubería que conforman nuestra estancia y, a la vez, paralelamente, nuestro aparato intelectivo, ya no tendríamos

que implorar por la liberación porque ya estaríamos liberados.

El conducto es el elemento clave. Asegura el movimiento y un nervioso y delirante fluir. «Evitar los posos y las obstrucciones, nada de entes dejándose obstruir».

Las mediciones nos remiten a un puñado de puntos conflictivos. En algunos lugares determinados de la arquitectura tuberial se concentran gruesas cantidades de sarro, llegando incluso a la saturación. Las blatodeas así lo evidencian, o así se lo evidencian a Sawa, atendiendo a su sistema de medición. Un sistema que coexiste (en determinados *puntos del plano universal*, así es como Sawa lo refiere y lo anota en sus pesquisas sobre la cantidad de sarro engullido por las blatodeas) con el sistema tuberial, siendo esto a su vez un reflejo proyectado de nuestro sistema intelectivo que marca el proceder de los barriobajeros del zoco. Algo que, evidentemente, determina el sistema de entrega de las dosis.

Nos encontramos [hacía un somero balance] con cinco sistemas diferentes:

1. Sistema tuberial (arquitectura de cañerías de nuestra residencia).
2. Sistema intelectivo (conductos de conceptos que forman ideas).
3. Sistema de los camellos de El Zoco (distrito principal del casco antiguo, en adelante «el zoco»).
4. Sistema de mediciones de cantidades de sarro según el programa de Sawa.
5. Sistema de entrega de las dosis (táctica: estrategia de los camellos y cómplices de Sawa).

Sawa examina la carga de las blatodeas una vez abandonan las tuberías. Esto ocurre… esto es posible, en efecto, porque Sawa controla sus recorridos.

Contamos con cuatro accesos (no cuatro trayectorias) por los que Sawa introduce las blatodeas:

1. Desagüe del grifo de la cocina.
2. Sumidero del patio techado.
3. Agujero perpetrado en la pared del salón de estar (veinticinco centímetros sobre la cenefa, cuarenta y cinco centímetros sobre la viga que hace la esquina. Conecta con la tubería que Sawa denomina *transversal*).
4. Fisura en el cuarto de baño junto al espejo.

Cada uno de estos accesos establece un recorrido de los operarios a través del sistema tuberial. Según la cantidad de sarro que las criaturas traen en el abdomen, y atendiendo al recorrido concreto realizado, Sawa calcula los puntos más saturados del sistema de conductos. (Dos aclaraciones: a) lo engullen pero no lo pueden digerir, b) están identificadas).

Sawa las disecciona y les extrae los residuos.

A su vez, disponemos de seis puntos de evacuación. Seis lugares señalados donde desembocan los operarios. Sawa o yo las esperamos con el recipiente. A veces parece que van a estallar. Las salidas están numeradas, trazadas con la mano de Sawa.

1. Hendidura en el patio techado (junto a la pila vieja). [Desembocadura de los recorridos 1, 3]
2. Grifo desenroscado de la bañera en desuso. [Desembocadura de recorridos 2, 3, 7]
3. Fregadero. Apertura en rodapié. [1]
4. Esquina superior del salón de estar. Boquete provocado a partir del baldosín partido. Sawa©. [6, 7]
5. Palomar. Pared norte. [4, 5]
6. Palomar. Pared sur. [5]

Cuatro puntos de entrada, seis puntos de salida y, sin embargo, siete recorridos diferentes. ¿Cómo es posible? A saber… (aquí la capacidad elucubradora de Sawa va un poco más allá): tres de estos cuatro puntos de entrada contienen un cruce. El recorrido se bifurca en 1, 3 y 4, creando la posibilidad de tres recorridos alternativos, 5, 6 y 7. ¿Pero cómo se puede medir esto? ¿Cómo se puede predecir, calcular o dirigir el recorrido de las blatodeas?

Sawa introduce en los operarios una cantidad medida de sarro. Llegado el operario a la encrucijada, y teniendo en cuenta que una cantidad considerable de sarro ya pesa en su abdomen, optará por el recorrido menos condensado. Desde la bifurcación, que la blatodea se encontrará, por ejemplo, introduciéndose por la apertura 1, si Sawa ya ha introducido la porción determinada de sarro, la blatodea hará el recorrido 4 y aparecerá en la desembocadura del palomar: pared norte. De esta manera Sawa puede concluir, y así lo hace, y en relación a eso actuamos, que la tubería R4 (recorrido 4 *[anomalía. Parece más que evidente que el sistema se solapa, y aparece la necesidad de una precisa distinción entre recorridos y tuberías; así como una nomenclatura adecuada que las cataloque]*) está menos condensada de sarro que la

tubería denominada 1 o recorrido 1. Así es como dictaminamos los puntos más saturados y, por lo tanto, los sectores en los que es necesario incidir. Esto quiere decir: enviar una mayor cantidad de operarios con carga previa 0.

Esto es: Sawa se halla en el criadero, frente a la estantería. Extrae, del muestrario de blatodeas maduras ya disponibles para el trabajo, al operario *Mzh-05/2*. Imaginamos que Sawa quiere corroborar la certidumbre de que en R1 (recorrido 1), tubería 1 [hacer inciso clasificación de las tuberías] existe una mayor acumulación de sarro [¿pero no es precisamente lo que quiere averiguar? ¿De dónde ha extraído la hipótesis? Aquí, y aunque Sawa no lo quiera reconocer, nos encontramos frente a una paradoja, lo que en paralelismo al sistema intelectivo llamamos *anomalía*. ¡Atención!], entonces introduce al operario en 1. Si, como se espera, la blatodea aparece en 4, palomar, pared norte, podemos, en efecto, afirmar, que la tubería número 1 está saturada y contamos con un punto de saturación de sarro sobre el cual incidir. De lo contrario, nos expondremos peligrosamente a una obstrucción, a la expansión irreversible de la plaga, al aislamiento perpetuo y a la terrible trombosis intelectual.

Veo a Sawa agachado en 5. La luz del palomar apenas insinúa su delgada figura. El operario *Mzh-05/1* [estoy revisando las notas] viene saturadísimo. Avanza al borde del estallido. Cae sin resistencia en el bote que Sawa sujeta pegado a la pared.

Entro en el laboratorio anexo siguiendo el proceder de Sawa. Enciende el flexo, que envuelve la mesa con ese color dorado tan característico. Sawa se sumerge ahí como si entrase en una burbuja paralela. La bóveda cobriza que crea el flexo.

El operario cae sobre el banco de extracción. Apenas puede moverse. Su avanzar por *(anomalía)* ha resultado penoso. Sawa coge el bisturí y con su excelsa habilidad hace el inciso. Comienza la disección.

Mientras Sawa extrae el sarro del abdomen de *Mzh-05/1*, detengo mi atención en su brazo ortopédico. Los dedos, de un tono beige, hacen pinza de manera imprecisa y sujetan o se dejan caer sobre el soporte de la lupa microscópica. Sawa y yo nos hallamos dentro de la burbuja de luz cobre del flexo.

Esparce con uno de sus dedos naturales el sarro bacteriano sobre el segmento plástico de análisis. Con su mano de plástico sujeta el bisturí. Sawa

disecciona con su mano ortopédica. Este tipo de operaciones le están vedadas a su sensibilidad.

Antes de un examen exhaustivo, Sawa hace lo que denomina una pretipificación. Atiende superficialmente al color, a la textura, y a un improbable olor (el sarro bacteriano es inodoro salvo excepciones inesperadas). Después, cuando Sawa realiza la inspección concisa, clasifica el residuo según su «tejido molecular» o su «densidad bacteriana» y coloca las muestras en el lugar pertinente de la estantería, que aparecen bajo las etiquetas: 1, 2 y 3. Siguiendo parámetros de cantidad, estableciendo los niveles en 0,60 el 1, y 1,30 el 2. En el 3, Sawa encuadra hasta un 2,50 de tejido molecular. Hace las anotaciones en el cuaderno. Un seguimiento exhaustivo y meticuloso. Para todo lo que no cabe ahí, en los tres niveles de densidad bacteriana, Sawa contempla, en principio, un único sistema de clasificación. Existe un estante paralelo en el que Sawa tipifica todo lo que vulnera este sistema de medición con la etiqueta ANOMALÍAS. (Casos que hay que estudiar individualmente. Casos que rompen la estructura y requieren de una nueva catalogación). En principio Sawa introduce en cápsulas individuales con el añadido $A^{\text{-lias}}$ a su identidad

operaria las blatodeas cuya carga excede el límite de la densidad bacteriana (2,50), las que presentan sarro oloroso o, por ejemplo, blatodeas que han sufrido algún tipo de metamorfosis (condición heterometábola) durante el trayecto, para analizar por separado el tejido molecular; un color fuera de la gama estándar, más allá de una tonalidad beige… etcétera.

Normalmente, antes de que esto ocurra, durante el proceso en el que Sawa empieza a hacer sus anotaciones, me pide que abandone la habitación.

Una torcaz se posa en la baranda oxidada de la ventana. A pesar de que el palomar hace tiempo que dejó de funcionar, las aves vienen todavía a parar aquí. Nosotros las observamos a través de la tela metálica que cubre el agujero. Un ventanuco que nos deja una minúscula y cuadriculada perspectiva del zoco y que vomita, general y rutinariamente, un chorro tenue de luz gris que se filtra en nuestra bóveda amarilla. La burbuja que nos protege temporalmente a su vez del exterior y de la insignificancia mientras Sawa atiende a su cuaderno de notas.

El balcón mide apenas cuarenta centímetros de lateral, y Sawa, siguiendo, según su confesión, el proceder de los antiguos inquilinos, lo mantiene

taponado. Está cubierto de excrementos. Capas. Estratos del tiempo. Podemos oír el lento e incesante trasiego de las blatodeas a través de las tuberías. Sawa agarra el bolígrafo.

El sonido es como el de un roce pesado pero a la vez incesante, «es el reflejo de la continuidad de la inercia», ha dicho en alguna ocasión. Es «la dirección del haber».

Sawa se refiere igualmente a los conductos intelectivos. Conexiones mentales que hacen que de vez en cuando se agite el apaciguado cauce de conexiones y algo aparezca como nuevo, simplemente porque se ha observado desde otro prisma, y nos atrevemos a llamarlo «elucubración».

Me doy cuenta de que el proceder de Sawa empieza a denotar cierta intranquilidad. Observo que echa vistazos disimulados a través del agujero y que la torcaz ha llamado su atención. Me pide entonces que salga, con calma y como si de un paso más de su actividad se tratase.

Hasta el momento sólo encuentro dos razones que expliquen las razones por las que Sawa me pide que salga y «oculta» parte de su proceder:

1. Establece contactos secretos con el exterior.

2. Lleva a cabo complicados y peligrosos experimentos que mezclan la droga con el sarro bacteriano.

Salgo con naturalidad del palomar. Voy hasta la planta baja y me topo con dos operarios que han acabado su trabajo. Probables salidas 6 y/o 7, aunque no puedo estar del todo seguro. Su bagaje es aparentemente similar; carga media. Una de ellas desprende un brillo de color acero. Las recojo y las introduzco en los recipientes de plástico. Estantería lateral del salón de estar en situación transitoria hasta que Sawa las coge y las lleva de nuevo al laboratorio.

Tan sólo unos minutos después lo veo descender las escaleras. Viene envuelto en la penumbra que suele habitar nuestra casa.

Con síntomas evidentes de fatiga, toma asiento en el sofá rojo raído y sobre la mesa deja un par de dosis. Mira al techo. Espera una entrega. Puedo distinguir un ligerísimo tono dorado sobre el prístino blanco de la droga.

El silencio nos embriaga y creo que Sawa está a punto de dormir. El salón de estar se envuelve en las sombras y en la quietud: el polvo que reposa sobre las superficies y nuestro habitual poso residual.

Sawa dice que nosotros «no habitamos la casa. Sólo la ocupamos». Y que «nuestra vida dedicada a cosas supremas o excelsas nos impide depositar nuestros latidos sobre el entorno y los objetos». Por eso siempre todo parece tan desocupado.

Suenan los nudillos en la madera del ventanuco. Sawa despierta desconcertado. Mira con inquietud las balas de heroína sobre el cristal de la mesa. Se levanta costosamente y va hacia la ventanilla. Abre el pestillo. Un soplo disperso de luz del zoco entra por el agujero. No puedo ver el rostro que espera al otro lado, pero sí escucho su bisbiseo.

Me doy cuenta de que Sawa, de manera esquiva, pregunta por los acontecimientos. Susurra. Intuyo que apenas mueve los labios. Creo haber escuchado, indirectamente: «¿cómo va el conflicto?». Aunque no suele compartirlo conmigo, y me oculta información, sé que a Sawa le preocupa el desalojo, y que de alguna manera que todavía no vislumbro, pero comienzo a comprender, se halla involucrado en la resistencia y en la sublevación.

Percibo los murmullos, no entiendo nada porque las palabras llegan como una nube de viento. Pero antes de que cierre el ventanuco creo escuchar con nitidez un nombre proveniente del otro lado, un nombre: Luis Renan. El nombre llega a mis oídos con cierta claridad. Una revelación indirecta que me agita. Me lo repito mentalmente para no olvidar. Luis Renan. Luis Renan.

Sawa echa el pestillo. Vuelve al sofá ahora con el producto de la permuta. Cae presa de la fatiga y cierra de nuevo los ojos. Pronto una respiración lenta y pausada me hace creer que duerme y de inmediato, con cautela, subo las escaleras y voy derecho al palomar.

Rebusco con ansiedad entre todos sus cuadernos y la amalgama de notas. Buscar aquí un nombre es una complicada tarea. Un operario cae en 6. Lo ignoro. Bajará las escaleras gracias al sistema de la doma [añadir sistema].

En la primera balda, sobre el banco de disección, Sawa organiza sus cuadernos. Notas, resultados, investigaciones, *modus operandi*. Aparecen catalogados atendiendo a criterios específicos. Hasta donde alcanzo a saber, maneja cinco tipos que aparecen titulados en la portada:

a) CALIBRE. Seguimiento y tipología del sarro bacteriano
b) ESTRATEGIAS Y CORRESPONDENCIAS (Tuberías del zoco)

c) ANOMALÍAS. Digresiones y divergencias
d) OPERARIOS. Listado *(nombres en clave)*
e) DOSIS Y ENTREGAS (Táctica, sistema, proceder)

Sin razón alguna abro el cuaderno dedicado a las estrategias. No entiendo sus reflexiones. Pero para mi sorpresa rápidamente encuentro el nombre: Renan. Aparece en multitud de ocasiones. Renan. Junto a otros nombres. Cifras. Datos. Signos. Repaso las páginas a toda velocidad. Mirando de reojo hacia las escaleras. Esperando el rechinar. Sawa sigue somnoliento y fatigado. Identifico, en el frenesí perceptivo de señales, otros nombres. Nombres propios que parecen ejercer una función similar. Con mucha frecuencia: *Salas*. Entonces, animado, descubro como una revelación las siglas *Desbs*. Y enseguida comprendo a qué se refiere. Abro el cuaderno *Operarios*. Al azar. Sé que voy a encontrar el nombre. Leo:

«Salas - Esquina Desables - Calleja de Nul».

Hablamos de lugares estratégicos. Referencias. Puntos cardinales del zoco. Cartografía. Ocupación. Lo sé.

Los signos responden a mis intuiciones.

Miro en el cuaderno con ansiedad. Busco a nuestro hombre. No pude ver su rostro. ¿Qué importancia tiene eso?

Renan. Ahí está. Renan. Renan. Renan.

«Renan – Pasaje de luz (intersección) Gran Paralela».

Renan ocupa la intersección. ¿Quién es Renan?

¿Dónde está el listado? ¿Hay un listado?

Sí. Sawa ha confeccionado el listado de sus camellos. ¿No es demasiado arriesgado?

Rubén Melano
Wojtek Komarewski
Ivana Túdor
Luis Renan
Eva Salas
Salvador Alcadi

Echo un vistazo desde el altillo. La escalera sigue envuelta en la penumbra y el silencio. No quiero que Sawa malinterprete mi comportamiento.

Vuelvo de nuevo al cuaderno *Estrategias y Correspondencias*. De repente caigo en la cuenta de que son nombres impostados. Nadie en el zoco vive bajo esas identidades. Alias. Símbolos de un código. Lenguaje interno y cifrado.

Escucho un crujir. Coloco los cuadernos y vuelvo a mi habitación. Sawa sube las escaleras.